

«LIBERTAD O MUERTE»

POR TERCERA vez nos enfrentamos con una obra de N. K. Ahora es «Libertad o muerte» antes fueron, «Alexis el griego» y el «Cristo».

La atmósfera de «Libertad o muerte» es un complejo denso y humano, totalmente estructurado y absolutamente identificado con el autor del «Cristo», cuyo conocimiento del alma de Creta, no tiene secretos. Este hombre Kazantzakis, de una proyección humana sin precedentes, de una fuerza épica incontrovertible, se nos presenta en este libro como un continuador de la épica griega, pero esta épica no es de tipo grandioso, por lo sobrenatural de sus héroes, sino que los símbolos de que se vale para novelar son recogidos entre aquellos que del calor de la tierra hacen fuego sagrado de existencia, a la vez que comunión impresionante de miserias del cuerpo, y fuerza pura para el espíritu.

De la épica de Kazantzakis es necesario hablar brevemente, comparándola con la épica griega, siempre con Homero al fondo.

Kazantzakis ha llevado a la épica los valores de la tierra proyectados por el hombre: los valores de la igualdad y la verdad reencarnados en el hombre, y los valores del simple vivir, andar y amar, sin preocuparse de lo que hay detrás de estas tres acciones inmediatas. Épica con hombres al fondo. Los épicos griegos desde Homero representan una postura de la épica con dioses al fondo. Gracias a su carácter épico, los hombres son dioses en Homero. Gracias a su carácter épico son más hombres en N. K. Lo uno es realidad legendaria, lo otro realidad humana. Épica de grandeza la una, y épica de nervios y sangre, consagrados a un esfuerzo continuo y en vertical la otra. Pese al esfuerzo que representa esta ingente actualización de la épica, el mundo que crea es totalmente intemporal, en el que a veces no sabemos en que forma movernos. Si continuamos en él, llegará un momento en que nos creeremos extraños a nuestra necesidad actual, y quedaremos convertidos en polvo del tiempo, substancialmente determinado hacia nuestra consecuencia absoluta, la cual nos desorienta por la intensidad de su función vital y obra dentro de nosotros en la misma raíz de nuestra esencia.

La épica siempre ha representado un peligro para aquellos a quienes va dirigida, también para quienes son substancia de la misma. Este no es otro que la tremenda irrealidad que de la misma emana. Pero hay épocas que necesitan de su función, como la nuestra, en que la problemática íntima nos aleja de la grandiosidad al entrar en cuña en nosotros mismos. Hay épocas en que sería una función ridícula, ya que su voz es muda, y los oídos del hecho social que deben determinarla, —la sociedad—, son sordos. La épica, por ejemplo, hubiera sido del todo estéril en el siglo XVIII.

LA OBRA narra una de las revoluciones cretenses la de 1.889, contra los turcos, narración que abarca un mundo amplio y espeso de ideas, grávidas e ingrávidas en ritmo compensado, formando un todo, donde la épica es vida, pero también es sangre, es nervio, a la vez que venganza, que responde al grito cortante y paradójicamente asesino de LIBERTAD O MUERTE. La causa de la libertad es en el capitán Michel metamorfosis de verdadera vida. Vida, en cuanto a consecución del aliento de la muerte, ya que la vida con su aliento cálido y sen-

sual, carece de toda base y fundamento, al ser sistemáticamente corrompida por la forzada inmovilización de espíritu y cuerpo, a que se halla sometido un pueblo cuyo profundo canto de la sangre es prolongación del alarido de la tierra cretense, ultrajada en la historia y más allá de ella. Uno de los personajes de la obra alude a este principio de libertad ultraterrena al decir: «Yo soy libre en el corazón mismo de la esclavitud».

«Yo moriré libre porque he luchado toda mi vida por la libertad». Para ratificar todo lo dicho referente al concepto de libertad, hallamos en la obra una definición de un valor sobrehumano, capaz de darnos medida de lo que es la vida para el cretense como unidad de justificación: «es en el borde de la desesperación donde encuentran la libertad los cretenses». En algunos momentos la predestinación anega de angustia las páginas del libro: «Cristo es Dios, puede resucitar, pero Creta no es más que tierra y hombres.»

LA RIQUEZA de expresión de toda la obra sigue de forma continuada, alternando pasajes de alta poesía y trozos de un realismo alucinante. Los personajes en Kazantzakis son siempre verdaderas estructuras, obras acabadas en un proceso extensivo de justificación humana. Su obra, impecable viniendo del hombre, puede adolecer, no obstante, de intensidad morbosa, pero ésta no conoce otra finalidad que servir de revulsivo a tanto alejamiento de los valores absolutos.

Toda la obra rezuma un concepto doloroso, enfermizo casi de la tierra. Un romanticismo telúrico, dramático, cerrado en sí y para sí.

N. K. a lo largo de la novela sobrevalora lo humano y hace sentir a sus personajes un hondo desprecio de lo intelectual, a pesar de serlo el mismo. De la hondura del origen saca el autor un canto extraño de inmensa pervivencia, del hombre aferrado a su elemento físico, lanzando a Dios una mirada de reto, que se trunca y muere en su propia osadía.

HAY UNO de los personajes de la obra, Kayambis, al que K. pone en boca unas palabras que se funden en el tiempo y en el proceso creativo de la emoción estética con unos versos del «Cant espiritual» de Joan Maragall. He ahí lo que dice Kayambis, recién casado, ya al lado de su mujer, «que levanta a hurtadillas los ojos húmedos y le mira»: «¿Qué es todo esto que nos cuentan los popes? ¡El paraíso es esto, está aquí! ¡Dios mío, te lo ruego no me des otro!» Ahora los versos de Maragall:

Si el mon ja és tan formós, Senyor, si es mira
amb la pau vostre dintre de l'ull nostre,
qué més ens podeu da en un altre vida?

En esta comunión entre Kazantzakis y Maragall encontramos la razón sagrada de toda creación humana emanante del hecho divino y absoluto.

KAZANTZAKIS es un gran desconocido del público precisamente por la densidad de su mensaje y lo complejo de su voz. Su lectura son trozos de hombre en proyección constante hacia un horizonte de logros espirituales en redención de materia.

Estas notas, más que crónica de su obra «Libertad o Muerte» quieren recordar al autor cretense, cuya muerte acaecida en noviembre pasado, dejó a la literatura mundial sin uno de los hombres que mejor comprendieron nuestra profunda misión a través del tiempo.

LUIS BOSCH. C.